

que iba à recaer en el estado de que con tanta dificultad le habia sacado. Es V. un niño, le dije afectando que me sonreia, que todavia necesita de tutor, y quiero yo serlo. Voy à guardar este dinero, y para que disponga V. de él como le acomode, en la correspondencia que entablaremos los dos, quiero que me dé cuenta de todos sus asuntos. Asi procuraba divertirme de sus funestas ideas con la de un carteo familiar, que seguiriamos, y esta alma sencilla que solo quiere agarrarse, por decirlo asi, à lo que en torno halla, se engañó sin dificultad. Convenimos luego en como pondriamos los sobrescritos de las cartas; y como no podian menos de agradarle estas disposiciones, hice que durara la conversacion hasta que llegó el señor de Orbe, que me dijo por señas que todo estaba ya à punto.

Facilmente comprendió tu amigo de que se trataba, y pidió con mucha ansia que le dejara escribirte; pero no quise yo permitirselo, previendo que un exceso de ternura le derriñria el corazon, y que apenas llegara à la mitad de la carta no habria forma de recabar de él que se ausentara. Toda demora es peligrosa, le dije; dese V. priesa à llegar à la primera posada, de donde podrá escribir despacio. Diciendo esto, hice una seña al señor de Orbe, me fui para él, y preñado el corazon de sollozos, estreché mi rostro con el suyo; despues no

supo lo que hizo, las lagrimas me quitaron la vista de los ojos, se me iba la cabeza, y era mas que tiempo de concluir el papel que habia representado.

Poco despues los vi que bajaban la escalera muy de priesa, y salí à la meseta por verlos hasta que salieran de casa. Faltaba este postrer golpe à mi agitacion. Le vi à este loco postrarse de rodillas en mitad de la escalera, besar los escalones mil veces; y Orbe que apenas podia arrancarle de esta piedra fria que apretaba contra su pecho, su cabeza y sus brazos, lanzando profundos y dilatados ayes. Sentí que los mios se iban à exhalar mal contenidos, y volví à entrar en mi cuarto à toda priesa, por no dar que decir à toda la casa.

A poco rato volvió el señor de Orbe, enjugando con un pañuelo sus lagrimas. Se acabó, me dijo; ya están en camino. Al llegar à su casa encontró su amigo de V. à la puerta la silla de posta. Tambien le aguardaba dentro de ella milord Eduardo, y asiendo de él, y estrechándole à su pecho: «Ven, malhadado, le dijo con un son de voz penetrado de dolor, ven à derramar tus quebrantos en este corazon que te ama. V. acaso conocerá un dia que no lo ha perdido todo en el mundo aquel à quien un amigo como yo le queda.» Al punto le metió con un brazo vigoroso en el carruaje, y se han partido estrechamente abrazados uno con otro.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE.

CARTA I.

A JULIA (1).

CIEN veces he tomado y soltado la pluma: desde la primera palabra vacilo, ni sé que tono tomaré, ni por donde empezaré, y es à Julia à quien voy à escribir! Ah, cuan otro, desventurado soy! Ya no es aquel tiempo en que cual inagotable torrente corrian de mi pluma mil afectos deliciosos. Huyeron los serenos momentos de confianza en que le abria mi corazon; agenos somos ya uno de otro, ni somos los mismos, ni sé à quien escribo. ¿Se dignará V. de recibir mis cartas? se dignará de pasar por ellas los ojos? le parecerá suficiente su circunspeccion, su reserva? seré osado à conservar en ellas nuestra antigua llaneza? seré osado à hablar de un muerto ó desdennado amor? no estoy mas atrasado que el primer dia que à V. escribí? ¿Que diferencia, ó cielos, de aquellos suaves y serenos con la presente horrible miseria! Ay! que empezaba à existir, y he caído en el abismo de la nada; que animaba mi corazon la esperanza de vivir, y ora tengo delante la imagen sola de la muerte, y en tres años de tiempo se ha concluido el venturoso circulo de mis dias! Ah! si puesto les hubiera termino antes que à mi propio sobrevivirme! si hubiera escuchado los anuncios de mi corazon despues de aquellas raudas horas de delicias, en que nada hallaba en la vida que dilatarla mereciese! Menester era sin duda ceñirla à tres años, ó quitar los de su duracion; mas valia no disfrutar la

felicidad que disfrutarla y perderla. Si este funesto intervalo le hubiera salvado, si hubiera evitado aquella primera mirada que me formó otra alma, estaria en mi razon, cumpliria con las obligaciones de hombre, y de algunas virtudes mi insulsa vida sembraria. Todo lo ha trastornado el error de un instante. Fueron osados mis ojos à contemplar lo que no debian ver, y produjo esta vista su inevitable efecto. De uno en otro descarrio solo soy ahora un furioso, cuyos sentidos están enagenados, un vil esclavo sin fuerza ni valor que en la ignominia su desesperacion y sus cadenas va arrastrando.

¿Sueños vanos de una alma que se extravía! falsos y engañosos deseos que apenas formados los desecha el corazon! Que vale contra verdaderos males imaginar soñados remedios, que cuando se nos ofrecieran no admitiriamos? Ah, quien habrá que sepa de amor, que te haya visto, y pueda creer que haya felicidad posible que yo à costa de mis primeros fuegos comprar quisiera? No, no; llévase sus beneficios el ciclo, y dejeme mi desventura con las memorias de mi pasada gloria: mas quiero los gustos que hay en mi memoria, y los tormentos que mi alma despedazan, que ser sin mi Julia feliz para siempre. Ven, idolatrada imagen à llenar un corazon que solo por tí vive, sigueme à mi destierro, constelame de mis penas, aviva y esfuerza mis muertas esperanzas. Siempre será tu inviolable santuario este despedazado corazon, y no te podrán sacar de él ni los

(1) Creo que no necesito advertir que en esta segunda parte, y la que sigue, apartados los dos amantes no dicen mas que disparates y desatinos, y que tienen los pobres la cabeza perdida.

hombres ni la suerte. Si para la dicha estoy muerto, no lo estoy para el amor que me hace merecedor de gozarla; amor invencible como el encanto de donde nace, en la incontrastable base del merito y las virtudes cimentado; que no puede en una alma inmortal perecer, que ni el apoyo de la esperanza necesita, y que del tiempo pasado saca fuerzas para una eternidad venidera.

Pero tú, Julia, tú que una vez supiste amar ¿como se ha olvidado de vivir tu tierno corazón? como se ha estinguído en tu alma pura este sagrado fuego? como has perdido el gusto de los celestiales deleites que tú sola eras capaz de sentir y comunicar? Sin piedad me despidas, con oprobio me destierras, en manos de mi desesperacion me entregas, y en la torcida senda en que te pierdes no contemples que haciéndome infeliz te privas de la felicidad de tu vida. Ah, Julia! créeme, en balde buscarás otro corazón amigo; mil te adorarán, amante solo el mio sabia serlo.

Respondeme ahora, engañada ó falsa amante: ¿que es de aquellos proyectos con tanto misterio formados? donde estan aquellas esperanzas vanas con que tantas veces mi inocente credulidad deslumbraste? donde aquella santa y anhelada union, blanco de tantos inflamados suspiros, con que tu boca y tu pluma mis deseos halagaban? Ay! en fe de tus promesas me atreví a aspirar al sagrado nombre de esposo, y ya me creia el mas feliz de los humanos. Di, cruel, ¿me engañabas para que fuera mi dolor mas acerbo y mas intolerable mi afrenta? Por que culpa he merecido mi desdicha? he faltado a la obediencia; a la docilidad, al recato? han sido tan tibios mis deseos que no mereciesen piedad, ó no he sacrificado todo su ardor á tu voluntad soberana? Todo lo he hecho por agradarte, ¿y tú me abandonas! te encargaste de mi dicha, y me has perdido! Tórname, ingrata, el depósito que te he fiado, tórname á mi propio; despues que has inundado mi corazón en el torrente de felicidad suprema de que ahora me privas. Angeles del cielo, despreciado hubiera vuestra suerte, y hubiera sido

el mas dichoso de los seres... ¡Ay, que uada vi! todo me lo ha quitado un instante solo. Sin intervalo del cumulo de deleites he venido a desconuelos sin fin; tocando estoy todavia a la ventura que de mí huye... tocando estoy aun, y para siempre la pierdo. Ah! si tal creyera, si no me sustentaran las reliquias de una vana esperanza!... Oh rocas de Meillerie, que tantas veces media desatentada mi vista, ¿porque no disteis fin á mi desesperada vida? Menos hubierais sentido su perdida cuando no conocia todo su valor.

CARTA II.

DE MILORD EDUARDO A CLARA.

LLEGAMOS á Besanzon, y lo primero que hago es dar á V. nuevas de nuestro viaje, que si no en paz, ha sido á lo menos sin azar. El amigo goza cuanta salud es dable con tan doliente corazón, y aun quisiera aparentar cierta especie de serenidad. Se avergüenza de su situacion, y se violenta mucho en mi presencia; pero todo manifiesta su turbacion oculta, y si finjo que me engaña es para dejarle batallar consigo mismo, ocupando asi parte de la fuerzas de su animo en reprimir el efecto de las otras.

La primera jornada estuvo muy decaido; yo la hice muy corta, viendo que las marchas largas aumentaban su sentimiento. Ni él me habló á mí, ni yo á él; porque impertinentes consuelos no hacen otra cosa que exasperar las vehementes aficciones. Con facilidad hallan razones la tibieza y la indiferencia; pero la verdadera lengua de la amistad es la tristeza y el silencio. Ayer empecé á distinguir las primeras chispas del furor que á este letargo se va á seguir. Apenas habia un cuarto de hora que habiamos llegado á la media jornada, cuando se acercó á mí con tono de mucha impaciencia. En que nos detenemos? me dijo con amarga sonrisa, ¿porque nos paramos un instante tan cerca de ella? De noche charló mucho sin hablar palabra de Julia, y repitiendo preguntas á que por diez veces le habia respondido. Quiso saber si estábamos ya en tierra de Francia, y luego preguntó si llegaríamos pronto á Veray.

Lo primero que á cada parada hace es empezar una carta que luego borra ó hace pedazos. Dos ó tres borradores de estos he sacado del fuego; por ellos podrá V. conocer el estado de su animo. No obstante, creo que ha podido escribir una carta entera.

Fácil es prever el frenesi que indican estos primeros sintomas; pero no puedo decir cual será su efecto ni su término, que pende de una combinacion del genio del sugeto, de la especie de su pasion, de las circunstancias que sobrevénir pueden, de mil cosas que no puede determinar prudencia humana. Yo por mí puedo salir responsable de sus fueros, pero no de su desesperacion, y en todo caso cualquiera es dueño de su propia vida.

Espero, no obstante, que respete su propia persona y mis atenciones, y menos para ello me fio del zelo de la amistad, que nada omitirá, que de la indole de su pasion y la de su dama. No puede ocuparse con fuerza y por dilatado tiempo el alma en un objeto sin contraer costumbres que con él tengan conexión. Debe la mucha dulzura de Julia templar la acrimonia del fuego que inspira, y tampoco dudo de que el amor de hombre tan vivo, le ha de dar á ella una actividad que sin él y por su naturaleza no tuviera. Ademas de que me atrevo á fiarme de su corazón, que es capaz de pelear y vencer. Un amor como el suyo, no tanto es flaqueza como fuerza mal empleada. Una ardiente y desgraciada llama puede absorber por algun tiempo, y acaso para siempre parte de sus potencias; pero es demostrativa prueba de su esclencia, y del partido que de ella

podiera sacar para cultivar la sabiduria; porque la razon elevada con el mismo vigor de animo que constituye las pasiones fuertes se sustenta, y para servir dignamente la filosofía se requiere el mismo fuego que para servir á su dama.

No menos que á V., amable Clara, (créalo así), me interesa la suerte de esta amable pareja, no por afecto de compasion, que padiera ser flaqueza, sino por los respetos de justicia y orden, que exigen la colocacion de cada uno del modo mas ventajoso para él y la sociedad. De manos de la naturaleza salieron estas dos hermosas almas una para otra, y en el seno de la felicidad, en grata union, libres de dar campo á sus fuerzas y ejercitar sus virtudes, hubieran ilustrado con sus ejemplos la tierra. ¿Porque se ha de atravesar una desatinada preocupacion á variar las direcciones eternas, ó intervenir la armonia de seres que piensan? porque así esconde la vanidad de un padre despiadado la luz debajo del celemin, y hace que se consuman en llanto corazones tiernos y beneficios que para enjugar los agenos nacieron? No es el vinculo conyugal, así como el mas santo, el mas libre de los contratos? si; injustas son cuantas leyes su libertad coartan, los padres que á añadirle ó cortarle se atreven son tiranos. ¿Sagrado nudo de la naturaleza que ni á la potencia de los soberanos, ni á la autoridad paternal está sujeto; sino á la autoridad sola del Padre universal, que en los corazones mandar sabe, y que cuando que se unan les prescribe, los puede violentar á que se quieran (1).

¿Que significa el sacrificar lo que exi-

(1) *Paises hay en que la igualdad de condicion y de caudal tales ventajas saca á la natural simpatia, que basta con que falte la primera para estorbar ó romper los mas felices matrimonios, sin respeto al honor perdido de las desventuradas que cada dia son victimas de estas odiosas preocupaciones. En el parlamento de Paris he visto seguirse un pleito ruidoso, en que el honor de gerarquias publicamente afrentaba con insolencia la honestidad, la obligacion y la fe conyugal, y el indigno padre que le ganó tuvo valor para desheredar á su hijo, porque no quiso ser muy perverso. No es posible figurarse hasta que punto en este país de galanteo están tiranizadas las mugeres. ¿Que extraño es que se venguen tan cruelmente con sus malas costumbres de los hombres?*

ge la naturaleza á lo que pide la opinion? En el casamiento se eclipsa y se confunde la diversidad de caudal y condicion, y nada para la felicidad contribuye; pero subsiste la de índole y caracter, y por ella son los casados desdichados ó dichosos. Mal escoge el hijo que no sigue otra regla que el amor, y peor todavía el padre que solo por la opinion general se guia. Sin duda que debe un buen padre suplir por la falta de razon y esperiencia de su hija para juzgar de la cordura y moralidad, y es derecho y aun obligacion suya decirle: hija mia, es hombre de bien ó bribon; tiene juicio ó es un loco. De esto solo debe entender; el discernimiento de todas las demas cualidades á la hija compete. Clamando que asi se perturba el órden social, le confunden estos tiranos. Regulse la gerarquía por el mérito y por espontanea voluntad la union de los corazones; ese es el verdadero órden social; los que por nacimiento ó riquezas le arreglan son los que de hecho le trastornan, y los que infamia ó castigo merecen.

Por tanto, es conforme á la justicia universal rectificar semejantes abusos; obligacion es del hombre oponerse á la violencia y concurrir al órden; y si pudiera unir á estos dos amantes á despecho de un viejo desatinado, no dude V. que concluyera la obra del cielo, sin curarme de la aprobacion de los hombres.

Mas feliz es V., amable Clara; que tiene un padre que no aspira á saber mas bien que V. en que consiste su felicidad: acaso no deja en mano de V. su suerte en virtud de vastas ideas de sabiduria, ni de excesivo cariño. ¿Pero que importa la causa si es idéntico el efecto, y si en el libre albedrio que á V. permite hace veces de razon su indolencia? Absorto el corazon de V. en una amistad, cual nunca igual tuvo, poco sitio ha dejado para amorosos afectos; V. sustituye á ellos cuanto en el matrimonio puede suplirlos, y menos que amiga amante, será la esposa mas virtuosa, sino la mas tierna, creciendo con la edad, y durando tanto como ella

union formada por la sabiduria. Mas ciego, pero mas irresistible, es el impulso del corazon, y constituirse en la precision de resistirle es medio seguro de perderse. ¡Venturosos aquellos que junta el amor como hubiera podido hacerlo la razon, y que ni estorbos que vencer, ni preocupaciones que combatir tienen! Asi serian nuestros dos amantes sin la injusta resistencia de un padre terco, y asi podrian serlo contra la voluntad de este, si uno de ellos estuviera bien aconsejado.

Iguales el ejemplo de V. y el de Julia, demuestran que á los esposos solos compete decidir si se convienen. Donde reina amor, la razon escoge sola, que es el caso en que V. se halla; donde amor reina ya la naturaleza ha escogido, que es el de Julia. Tal es la sagrada ley natural que no es dado quebrantar al hombre, que nunca con impunidad quebranta, y que si la derogan consideraciones de estados y gerarquias, es á costa de desventuras y delitos.

Aunque está adelantado el invierno, y tengo que ir á Roma, no dejaré el amigo de que me he encargado, sin ver su animo en un estado de consistencia de que pueda fiarme; que no menos aprecio este deposito por lo que él vale, que porque V. me le ha fiado. Si no puedo conseguir que sea feliz, procuraré á lo menos que sea sabio, y que sufra como un hombre los males de la humanidad. Estoy resuelto á pasar aquí con él quince dias, en cuyo término espero que recibamos noticias de V. y de Julia, y que ambas me ayuden á vendar las heridas de este llagado corazon, que todavía solo por el órgano del afecto puede dar oidos á la razon.

Aquí incluyo una carta para su amigo de V., y suplico que no la fie de ningun comisionista, sino que se la entregue V. propia.

FRAGMENTOS.

INCLUSOS EN LA ANTERIOR CARTA.

I.

Porque no he podido ver á V. antes de partirme? ha temido V. verme esp-

rar al dejarla? no temá V., piadoso pecho. Estoy bueno... nada siento... aun vivo... pienso en V.... pienso en el tiempo en que me queria... siento alguna opresion de corazon... me marea el carruaje... me siento algo débil... Hoy no podré escribir á V. largo: mañana acaso estaré mas fuerte... ó no lo necesitaré.

II.

Adonde tan apriesa me llevan estos caballos? adonde con tanto celo me conduce este hombre que de amigo mio se califica? Es lejos de tí, Julia? es por tu orden? es á un paraje donde tú no estes?... Ah! loca niña!... Con los ojos miro el camino que con tanta presteza voy corriendo. De donde vengo? adonde voy? para que es esta diligencia? ¡Cielos! ¿temeis que no corra con suficiente presteza, hacia mi perdida? ¡O amistad! ó amor! ¿esa es vuestra concordia, esos vuestros beneficios?

III.

¿Has consultado bien tu corazon, despidiendome con tanta violencia? has podido, dimelo, Julia; has podido renunciar para siempre?... No, no; tu tierno corazon me ama; bien lo sé. A despecho de la suerte, á despecho, sí, de la suerte, me amaré hasta el sepulcro.... Conozco que te has dejado llevar (1) Que eterno arrepentimiento te espera! Ah, piensa en tí, piensa en mí, piensa en... Ay! que será muy tarde!... ¿Que; te puedes olvidar?... que; te conocia mal?... Escucha; aun es tiempo... Me has despedido con inhumanidad. Mas ligero huyo que el viento... Di una palabra, una sola palabra, y vuelvo mas pronto que el rayo. Di una palabra, y nos unimos para siempre; unidos debemos vivir... unidos viviremos... Ah! el viento se lleva mis quejas... Y en tanto yo huyo... Voy á vivir y morir lejos de ella... ¡A vivir lejos de ella!...

CARTA III.

DE MILORD EDUARDO A JULIA.

Por su prima tendrá V. noticias de mi amigo, yo creo que por este correo escribe á V. Empiece V. satisfaciendo su corazon con leer lo que él le diga, y lea luego despacio la mia, porque advierto que requiere su contenido la mayor atencion.

Conozco á los hombres; en pocos años he vivido mucho, he adquirido á costa mia mucha esperiencia; y por el sendero de las pasiones he llegado á la filosofia; pero en todo cuanto hasta aqui he observado nada mas extraordinario que V. y su amante he visto. No porque tenga uno y otro un caracter señalado, cuyas diferencias á primera vista se noten, y posible es que la dificultad de definirlos á Vds. fuese causa de que un observador superficial por almas vulgares los reputara. Pero lo que mas á Vds. distingue es que es imposible distinguirlos, y que los lineamientos del comun modelo, alguno de los cuales falta siempre á cada individuo, en Vds. todos por igual campean: asi como adolece cada prueba de una estampa de defectos peculiares que sirven para distinguirla; pero si alguna sale perfecta, aunque á primera vista parece bien, es preciso examinarla con mucha atencion para no confundirla con las demas. La vez primera que yo vi á su amante de V., sentí un afecto nuevo que cada dia ha ido creciendo á proporcion que le ha justificado mi razon. Mas vivos fueron mis afectos cuando á V. la vi; y tanto, que me engañé á mi propio acerca de su naturaleza. No tanto fué la diferencia de sexo la que esta impresion causaba, cuanto un caracter de perfeccion todavía mas acabado, que siente el corazon con absoluta independencia del amor. Bien veo lo que fuera V. sin su amigo, pero no veo que seria él sin V.; muchos hombres se pueden parecer á él, pero en todo el mundo no hay mas que una Julia. Des-

(1) Lo que se sigue prueba que las sospechas que tenia eran de milord Eduardo, y que Clara creyó que eran de ella.

pues de un agravio que nunca à mi propio me perdonaré, vino la carta de V. à darme à conocer mis verdaderos afectos; vi que no tenía zelos, ni por consiguiénte amor tampoco, y que era V. en demasia amable para mí, que se le deben tributar las primicias de una alma, y que era la mía indigna de la suya.

Desde este instante me inspiró la felicidad reciproca de V. y su amante un tierno interes que nunca se borrará. Creyendo remover todas las dificultades, di con su padre de V. un paso imprudente, cuyas malas resultas son nuevo motivo para estimular mi celo. Dignese V. de darme oídos, y todavía puedo remediar cuanto mal he hice.

Eche V. la sonda en su corazon, ó Julia, y vea si puede apagar el fuego que le abrasa. Fué tiempo en que acaso podia atajar sus progresos, pero si cayó Julia casta y pura, ¿cómo se podrá levantar despues de su caída? como resistir al amor victorioso, armado de la peligrosa imagen de todos los pasados deleites? No se equivoque V. niña enamorada, y renuncie à la confianza que la ha reducido; perdida está si todavía ha de pelear, que se verá V. vencida y envilecida, y poco à poco la intima conciencia de su ignominia sofocará todas sus virtudes. El amor se ha introducido hasta en la última medula, y no es posible ya echarle de V.; penetra y arde en todas sus venas como un fuerte y corrosivo licor, nunca borrará V. su profunda impresion, sin borrar à una cuantos esquisitos afectos ha debido à la naturaleza, y cuando mas amor no le queda, nada que sea estimable le quedará. ¿Que tiene V. pues que hacer, no pudiendo ya mudar el estado de su corazon? Sola una cosa, Julia, que es hacer que sea legitimo. Para esto voy à proponer à V. el unico medio que le queda; aprovechese de él, mientras que aun es tiempo; restituya à la inocencia y à la virtud esa razon sublime que en deposito le ha fiado el cielo, ó tenga envilecer para siempre la mas preciosa de sus dadas.

En el ducado de Yorck, poseo yo una hacienda considerable que por muchos

tiempos fué morada de mis ascendientes. El caserío es antiguo pero bueno y comodo; las inmediaciones solitarias pero gratas y variadas. El rio de Ousa que al cabo de la cerca atraviesa, con una perspectiva que encanta la vista, ofrece facil salida para las producciones, y bastan los reditos de la tierra para mantener con decencia à los amos, pudiendo doblar con su esmero. En este venturoso pais no se conocen odiosas preocupaciones; conservan los pacíficos moradores las costumbres sencillas de los primitivos tiempos, y allí se halla un trasunto de Valais, que con tan atractivas pinceladas retrató su amigo de V. Julia, de V. es esta tierra, si con él se digna habitarla; allí ambos juntos podrán Vds. ver cumplidos los tiernos deseos con que la carta mencionada se concluia.

Venid, unico dechado de verdaderos amantes; venid, fiel y amable pareja, à tomar posesion de un albergue destinado à ser asilo del amor y la inocencia; venid à estrechar à la faz del cielo y los hombres el suave vinculo que os junta; venid à honrar con el ejemplo de vuestras virtudes un pais donde serán adoradas, y à hombres candidos que à imitarlas se esforzarán. ¡Ojala que en este sosegado sitio disfruteis para siempre con los afectos que os unen la felicidad de las almas puras! ojala que bendiga vuestros castos ardores el Cielo con una familia que se os parezca! ojala que alcancen vuestros dias à una honrada vejez, y que al fin se acaben ep paz en brazos de vuestros hijos! ojala que visitando un dia con secreto jubilo este monumento de la felicidad conyugal, digan enternecido su corazon nuestros nietos: «Aqui fue el asilo de la inocencia, aqui fué el albergue de dos amantes.»

La suerte de V., Julia, está en sus manos; pese con madurez la propuesta que le hago, y no se pare sino en el fondo; porque en cuanto à lo demas queda à mi cargo desempeñar irrevocablemente y àntemano con su amigo esta promesa; tambien me encargo de poner à seguro la partida de V., y partir con él el cuidado de su persona hasta su arribo. Allí se podrá V. desposar públicamente y sin

estorbo, porque en nuestro pais una soltera nubil no necesita de consentimiento ajeno para disponer de sí propia. No abrogan nuestras prudentes leyes las de la naturaleza; y si de esta feliz conformidad proceden algunos inconvenientes son muy menores de los que con ella se precaven. En Vevey he dejado à mi ayuda de camara, hombre de toda mi confianza, animoso, prudente y de fidelidad probada. Facilmente se podrá V. concertar con él de palabra ó por escrito por medio de Regianino, sin que sepa este ultimo de que se trata. Cuando fuere tiempo iremos à buscar à V., y saldrá V. de casa de su padre en custodia de su esposo.

Dejo à V. que lo reflexione; pero repito que tema el error de las preocupaciones y la seduccion de los escrúpulos que muchas veces al vicio por la senda del honor conducen. Si V. desecha mis ofertas veo lo que sucederá: la tirania de un intratable padre la arrastrará al abismo, y solo despues de caída conocerá V. su profundidad (la dulzura degenera en V. algunas veces en falta de valor). La sacrificarán à V. à la quimérica distincion de condiciones (1), y tendrá que contraer obligaciones que repugnen à su corazon. Sin cesar oirá V. el grito de su conciencia que desmienta la aprobacion publica; será acatada y despreciable: ¿cuan to mas vale ser olvidada y virtuosa?

P. D. No sabiendo cual será la determinacion de V., escribo, sin que lo sepa nuestro amigo; porque si no admite V. mi propuesta, y él lo sabe, podrá en un instante perderse todo el fruto de mis cuidados.

CARTA IV.

DE JULIA A CLARA.

O amada! ¿en que agitacion ayer me dejaste, y que noche he tenido soñando en esta fatal carta? Nunca, vino à embalar mi corazon tentacion tan peligrosa, nunca tan turbada me he visto, nunca meos medios de sosegar me he imagina-

do. En otros tiempos dirigia mi voluntad cierta luz de sabiduria y razon; en todos los lances difiiciliosos luego discernia la resolucion mas justa, y al instante la tomaba. Envilecida ahora y vencida siempre, no hago mas que fluctuar entre opuestas pasiones; solo una de muchas culpas puede escoger mi flaco corazon, y es tanta mi lastimosa ceguera, que si por casualidad elijo el mejor partido no será mi guia la virtud, ni me quedarán menores remordimientos. Ya sabes à que esposo me destina mi padre, y sabes en que lazos me ha preso el amor. Si quiero ser virtuosa, me imponen opuestas obligaciones la fe y la obediencia. Si quiero seguir la inclinacion de mi corazon ¿à quien preferiré? à mi padre ó à mi amante? Ay! ya el amor, ya la naturaleza escuche, no puedo menos de desesperar à uno ó à otra: sacrificandome à mi obligacion no puedo evitar un delito, y tome la resolucion que quiera he de morir desventurada y delincuente.

Ah, cara y tierna amiga, tú que siempre has sido mi unico recurso, y que tantas veces de la desesperacion y la muerte me has librado, contempla hoy el horrible estado de mi alma, y mira si alguna vez me ha sido tu socorro tan indispensable. Sabes si oigo tu dictamen sabes si oigo tus consejos, y à costa de la dicha de mi vida acabas de ver si sé deferir à las lecciones de la amistad. Ten piedad del desahento en que me veo; acaba pues empezaste, suple por mi desmayado valor, piensa en vez de la que solo por tí pensar puede. Tú lees en este corazon que te ama, y mas bien que yo propia le conoces. Instruyeme de lo que quiero, y elige por mí, porque ya no tengo animo para querer, ni razon para elegir.

Repasa la carta de este generoso ingles, repásala mil veces, angel mio. Ah! deja que te mueva la encantadora pintura de la felicidad que todavía me pueden prometer el amor, la paz y la virtud. Estatica y serena union de las almas, delicias aun en el seno del remordimiento

(1) Quimérica distincion de condiciones! y es un Par de Inglaterra quien habla así! y no ha de ser todo esto una novela! ¿Que le parece al lector?

de la especie de aquellas que solo con la muerte se apagan; tu amante es amigo mio, quiero decir, mi hermano: ¿y quien ha visto nunca parar en amor una sincera amistad? En cuanto al señor de Orbe, ciertamente tendrá por que alabarse mucho tiempo de tu afecto antes que piense yo en pedirte zelos; ni tengo yo mas gana de retenerle por fuerza que tú de quitármelo. ¡Ay, hija mia, pluguiera al Cielo que á costa de su amor pudiese yo sanarte del tuyo! con gusto le conservo, y con júbilo le cederia.

Por lo que á presumir de hermosa respetas, puedo yo ser tan presumida como quiera, que no eres tú niña que disputes conmigo la primacia, y estoy cierta de que en tu vida te ha pasado por la cabeza cotejar cual de nosotras dos es mas bonita. Yo no he sido tan indiferente como todo eso, y sé muy bien lo que he de pensar, sin tomar por ello pesadumbre ni la mas leve, y hasta me parece que me pone el cotejo mas ufana que envidiosa, porque no siendo las perfecciones de tu rostro las que caerian bien al mio, de ninguna de cuantas tengo me privan, y ademas me encuentro hermosa con tu beldad, amable con tu donaire, y ornada con tus habilidades; todas tus perfecciones forman mi arreo, y coloco en tí mi amor propio mas bien entendido. No obstante, no querria ser por mí misma horrorosa, pero para lo que yo necesito bastante bonita soy. Todo lo demas es inútil para mí, y sin ser humilde puedo cederte.

Estás impaciente por saber adonde irá á parar mi preambulo. A esto no puedo darte el consejo que me pides; ya te he dicho la razon; pero la decision que para tí tomes será tambien la de tu amiga, y sea cual fuere tu destino yo estoy resuelta á que sea tambien el mio. Si te vas te siga, si te quedas me quedo, mi incontrastable resolucion está tomada; es mi obligacion, y nada me puede disuadir de ella. Tu perdida fué debida á mi funesta indulgencia; tu suerte debe ser la mia, y habiendo sido inseparables desde la cuna, Julia mia, es preciso que hasta el sepulcro lo seamos.

Hallarás que este es proyecto de ca-

beza atolondrada, pero de hecho es mas racional de lo que parece, y no tengo yo los mismos motivos de indecision que tú. Lo primero, en cuanto á mi familia, si abandono á un padre indulgente, dejo á un padre bastante indolente, que no por ternera sino por negligencia permite que hagan sus hijos cuanto se les antoja; porque sabes que mucho mas le ocupan los asuntos de Europa que los suyos propios, y que mucho menos quiere á su hija que á la pragmática. Ademas de que yo no soy, como tú, hija unica, y con los hijos que le quedan apenas echará de ver que le falta uno.

Abandono un casamiento que se va á celebrar. *Manco male*; que se consuele el señor de Orbe, si me quiere. Yo por mí, aunque estimo su caracter, no dejo de tener afecto á su persona, y siento perder en él un hombre muy de bien, nada es para mí respecto de mi Julia. Dime, niña mia: el alma tiene sexo? en verdad que por la mia no lo echo de ver. Yo puedo tener antojos, pero poquísimo amor; y puede servirme de algo un marido, pero nunca será para mí otra cosa que marido; y de esse libre y pasadera como soy bien encontraré uno por el mundo.

Mira bien, prima, que aunque yo me vacilo, no quiere eso decir que no debas tu vacilar, ni que quiera yo insinuarte que tomes la resolucion que tomaré en caso de que te vayas. Hay mucha diferencia entre las dos, y son tus obligaciones muy mas estrechas que las mias. Tambien sabes que mi corazon le llena una inclinacion casi unica, que en tal manera todos los demas afectos absorbe que están como anonadados. Desde mi niñez me estrecha contigo un habito invencible y suave; á tí sola amo perfectamente, y si tengo algun vinculo que romper para seguirte, me esforzaré con tu ejemplo; diré: «imito á Julia», y creeré que estoy justificada.

ESQUELA DE JULIA A CECILIA.

TE entiendo, incomparable amiga; y te doy las gracias. A lo menos habia

una vez cumplido con mi obligacion, y no seré en todo indigna de tí.

CARTA VI.

DE JULIA A MILORD EDUARDO.

La carta de V., Milord, me penetra de admiracion y ternera, y no será menos sensible el amigo que se digna de proteger euando sepa lo que V. ha querido hacer por nosotros. Ay! solo los malhadados conocen lo que valen las almas benéficas. Con sobrados titulos sabemos ya cuanto precio la de V. tiene, y sus virtudes heroicas nos llenarán siempre de ternera, pero nunca las extrañarémos.

¡Cuan suave cosa para mí seria vivir feliz bajo los auspicios de tan generoso amigo, y disfrutar por sus beneficios la felicidad que me ha negado la fortuna! Pero veo deseperada, Milord, que frustra esta los buenos deseos de V., puede mas la crueldad de mi suerte que su buen celo, y la grata imagen de los bienes con que V. me brinda solo para hacer mas sensible su privacion sirve. Da V. un retiro agradable y seguro á dos perseguidos amantes; hace legitimos sus fuegos y solemne su union, y sé que guardada por V. facilmente evitaria la persecucion de una familia irritada. Mucho es esto para el amor; pero hasta para la felicidad? No; si quiere V. que viva sosegada y contenta, deme un asilo mas seguro todavia, adonde huir de la ignominia y el arrepentimiento? Satisface V. nuestras necesidades, y con una generosidad sin ejemplar se priva para dotarnos de una porcion de su propio caudal. Mas rica, mas honrada con los beneficios de V. que con mi patrimonio, todo lo puedo recuperar cerca de V. y se digna de servirme de segundo padre. Ah! Milord, mereceré yo hallar otro habiendo abandonado á aquel que me dió naturaleza?

Aquí está la fuente de las aensaciones de una conciencia agitada, y de los sin-sabores secretos que roen mi corazon. No se trata de saber si tengo facultad para disponer de mi contra la voluntad de los autores de mi vida, sino de si

puedo disponer sin causarles mortal afliccion y abandonarlos sin traerles á su desesperacion. Ay! otro tanto valiera preguntar si tengo derecho á quitarles la vida. ¿Desde cuando? pesa así la virtud los derechos de la sangre y la naturaleza? desde cuando con tanto escrupulo señala un corazon sensible los lineeros de la gratitud? No es ser ya culpado querer llegar al limite que separa del delito la inocencia? con tanta escrupulosidad indaga el termino de sus obligaciones quien no tiene intencion de traspasarle? Quien? yo? ; abandonar yo inhumanamente á aquellos por quienes aliento, á los que me conservan la vida que me dieron, y me la hacen amar, á los que en mí sola sus esperanzas y su contento cifran, á un padre casi sexagenario, á una madre siempre ahechosa! ; Yo, su unica hija, los dejaria en la soledad y los quebrantos de la vejez sin asistencia, cuando es tiempo de pagarles los tiernos cuidados que les he debido! sus postreros dias los condenaria yo á la afrenta, al desconuelo y al llanto! sin cesar me representaria el grito de mi agitada conciencia á mi padre y á mi madre respirando sin consuelo y maldiciendo á la hija ingrata que los desampara y los deshona! No, Milord: si la virtud que yo abandoné me abandona y nada dice á un corazon, en su lugar me habla esta horrible idea, que para atormentarme me perseguiria cada instante de mi vida, y me haria desventurada en el seno de la felicidad. Finalmente, si tal es mi destino que haya de abandonar á los remordimientos lo que me resta de vida, este solo es tan horrible de sufrir, que mas quiero arrostrar á todos los demas.

Confieso que no encuentro respuesta á las razones de V., y mi inclinacion se pone de su parte para hallarlas convincentes. Pero V., Milord, no está casado; ¿no conoce que es menester ser padre para tener derecho de dar consejo á hijos agenos? Yo por mí estoy resuelta: bien sé que me harán infeliz mis padres, pero menos crudo será para mí gemir de mi desventura que ser causa de la suya, y nunca me fugaré de la casa

paterna. Ve, grata fantasía de una alma sensible, felicidad tan dulce y tan suspirada, ve á sepultarte en la noche de los sueños, que ya nunca tendrás realidad para mí. Y V., generoso amigo, olvídense de sus amables proyectos, y no queden vestigios de ellos como no sea en lo interior de un corazón sobrado reconocido para que en él se borre la memoria. Si no desalienta el exceso de nuestras culpas la grande alma de V., si no están ya exhaustas sus generosas bondades, en que ejercitarlas con gloria tiene, y el que con título de amigo suyo honra podrá por las atenciones de V. merecer este dictado. No juzgue V. de él por el estado en que le ve, que no procede de cobardía su extravío, sino de un carácter altivo y ardiente que se obstina contra la fortuna. Muchas veces es una aparente constancia señal de estúpido mas que esforzado; los hombres ordinarios no sienten dolores violentos, ni se apoderan de los flacos las pasiones fuertes. Ay! en la suya reina la energía de afectos que las almas nobles caracteriza, y eso es lo que hoy es causa de mi desesperación y mi afrenta. Dignese V. de creer, Milord, que si hubiera sido un hombre común no hubiera perecido Julia.

No, no; la secreta afición que precedió en V. á una estimación raciocinada no le ha engañado. Digno es de cuanto por él V. ha hecho sin conocerle, y hará todavía, si puede ser, mas cuando le hubiere conocido. Si, sea V. su consolador, su protector, su amigo y su padre; por V. tanto como por él se lo ruego; justificará la confianza de V., honrará sus beneficios, practicará sus lecciones, imitará sus virtudes, y aprenderá de V. la sabiduría. Ah! Milord, si en manos de V. llega á ser un día todo cuanto puede; cuán ufano quedará con la obra de sus manos!

CARTA VII.

DE JULIA.

Y tú tambien, dulce amigo mio, tú, esperanza unica de mi corazón, le vienes á traspasar cuando está muriendose de

tristeza. Prevenida estaba contra los golpes de la fortuna que antiguos y repetidos pronosticos me anunciaban, y la hubiera llevado con paciencia; pero ¿por quien los padezco! Ah! los que de tí me vienen son los unicos intolerables, y es cosa horrosa para mí ver que agrava mis penas el que aliviarlas debía. ¿Que de dulces consuelos me habia prometido que con tu esfuerzo se desvanecen! Cuantas veces me lisonjeaba de que animase á mí desaliento tu vigor, de que borrasas con tus meritos mi vicio, y de que levantasen á mí caído animo tus virtudes! Cuantas veces me amargas lagrimas las enjugaba diciendo padezco por él, pero lo mereces, culpada soy pero él es virtuoso; me cerca mil penas, pero me sustenta su constancia, y en lo interior de su corazón hallo con que resarcir todas mis pérdidas! Esperanzas vanas que ha desvanecido la primer prueba! ¿Que se hizo aquel sublime amor que á todos los afectos sabe dar realce, y resplandor á la virtud! que se han hecho aquellas elevadas máximas? qué aquella imitación de los claros varones? donde, donde está aquel filosofo que no puede alterar la desdicha y que al primer acaso que le aparta de su dama se rinde? Con qué pretensión hoy mas me disculparé á mis propios ojos de mi ignominia, si en el que me ha reducido veo solo un hombre flaco, afeminado con los deleites; un corazón cobarde, que al primer reves desmaya, un loco que renuncia á la razon así que la necesita?

O Dios! ¿en este cumulo de afrentas he de verme reducida á no avergonzarme, no menos de mi eleccion que de mi flaqueza?

Contempla hasta que punto te olvidas de tí; ¡tu villana y desatinada alma hasta la crueldad se abaja! te atreves á aconsejarme! te atreves á quejarte de mí... De tu Julia!... Inhumano!... ¿como me contuviste tu mano el remordimiento? como te han dejado valor para agravarme las dulces prendas del amor mio? ¿tú me habido? Ah! si pudieras dudar de mi corazón, que despreciable te el tuyo fuera! Mas no, no dudas, ni

puedes dudar; á tu furor mismo reto, y en este punto en que detesto tu injusticia sobrado bien conoces la fuente del primer movimiento de ira que en mi vida he sentido.

¿Te puedes quejar á mí si me ha frustrado una ciega confianza, y se han malogrado mis proyectos? ¿Cuanto rubor de tus improperios tuvieras si supieras las ilusiones que me habian seducido, los planes que para tu dicha y la mia me habia atrevido á idear, y como con todas mis esperanzas se han desvanecido! Algun día, me atrevo á lisonjearme con ello, podrás saber mas, y tu sentimiento entonces me lavará de tus acusaciones. Sabes la prohibicion de mi padre, no ignoras los rumores del pueblo; previ las consecuencias, hice que te las dedujeran, y las viste como yo; y para conservarnos uno para otro fué preciso resignarnos á la suerte que nos separaba.

¿Con que te he despedido yo, como te atreves á decir? y por quien, descomulgado amante? Ingrato! por un corazón mas virtuoso de lo que cree, y que antes moriría mil veces que verme envilecida. Dime ¿que harás cuando esté yo entregada al oprobio? esperas poder aguantar el espectáculo de mi deshonor? Ven, cruel, si quieres; ven á recibir el sacrificio de mi reputacion con tanto esfuerzo como puedo yo ofrecertele. Ven, y no temas que te desaprobe aquella que bien te ha querido. Pronto estoy á declarar á la faz del cielo y de los hombres cuanto uno y otro hemos sentido, pronto estoy á llamarte á voces mi amante, y morir en tus brazos de amor y vergüenza; mas quiero que sepa el mundo entero mi ternera, que verte un instante dudar de ella; que mas amargas son para mí tus reconveniones que mi ignominia.

Cesemos, te lo ruego, para siempre en estas mutuas quejas, que son para mí inaguantables. O Dios! ¿como es posible que entre en contienda quien ama, perdiendo en atormentarse uno á otro tantos tan preciosos para los que de consuelo necesitan? No, amigo mio; ¿á que viene fugir un disgusto que no hay?

Quejémonos de la suerte y no del amor, que nunca formó union mas perfecta, nunca la formó mas durable. Nuestras almas en demasia bien unidas no pueden ya separarse, ni podemos vivir desviados uno de otro, sino como dos partes tú sentir tus penas solas? como no sientes las de tu amiga? como no oyes sus tiernos gemidos en tu seno? ¿Cuanto mas dolorosos son que tus frenéticos gritos! cuanto mas crueles, si de mis males participares, fueran que los tuyos propios.

¿Hallas lastimosa tu suerte! contempla la de tu Julia, y llora por ella sola. Contempla en nuestras comunes desgracias el estado de mi sexo y el tuyo, y juzga cual es mas digno de compasion. Afectar insensibilidad en la fuerza de las pasiones, devorada de mil penas, parecer alegre y satisfecha, tener sereno el semblante y agitada el alma, siempre decir otra cosa de lo que se piensa, encubrir cuanto se siente, ser falsa por obligacion y mentir por modestia; este es el habitual estado de toda soltera de mi edad. Asi pasamos nuestros lozanos años tiranizadas por el bien parecer, y agrava esta tiranía la de nuestros padres que á repugnantes vinculos nos enlazan. Pero es en vano forzar nuestras inclinaciones; solo de sí propio recibe leyes el corazón; huye la esclavitud y se da á su antojo. A un yugo de hierro que no impuso el ciclo vive sujeto el cuerpo sin el alma, y forzada la desventurada victima á faltar por una ú otra parte á la sagrada obligacion de la fidelidad, comete forzosos delitos. Otras hay mas sabias, bien lo sé. No han amado; ¡que felices son! Resisten? yo tambien quise resistir. Son mas virtuosas, aman mas la virtud? sin tí, sin tí solo la hubiera amado yo siempre. ¿Con que es cierto que ya no la amo?... ¡Tú me has perdido, y te consuelo yo!... ¿Pero yo, que va á ser de mí? ¡que flacos son los consuelos de la amistad, cuando faltan los del amor! ¿Quien me consolará en mi penar? ¡que horrible suerte me espera, pues por haber vivido en el delito, contemplo un nuevo delito

en un aborrecible y acaso inevitable enlace! ¿Donde hallaré si me riudo, lagrimas para llorar mi yerro y mi amante? donde fuerzas para resistir en el abatimiento en que me veo? Ya creo ver los furores de un airado padre; ya sentir el grito de la naturaleza que despedaza mis entrañas, ó los gemidos del amor que desgarran mi corazón. Privada de tí quedo sin recurso, sin apoyo, y sin esperanza; me envilece lo pasado, me affige lo presente, y me asusta lo venidero. Creyendo que todo lo encaminaba à nuestra felicidad, cuanto he hecho ha conspirado à hacernos mas infelices, disponiendo una separacion mas cruda. Se han ido los vanos deleites, quedan los remordimientos; y nada la vergüenza de mi afrenta compensa.

A mí toca, à mí toca ser flaca y desventurada: tan inagotables son mis llantos como irremediables mis yerros, y hasta el tiempo que de todo sana nuevos motivos de lagrimas me trae. ¿Pero tú que ninguna violencia que temer tienes, que no envilece la ignominia, que no te ves forzado à encubrir torpemente tus afectos; tú que solo los golpes de la mala fortuna sufres y disfrutas à lo menos de tus virtudes primeras, ¿como te atreves à bajarte à llorar y gemir como una mugerzuela, y à arrebatarle como un leon enfurecido? No basta con el desprecio à que por tí he venido, si no le aumentas haciéndote tú propio despreciable, y con tu oprobio y el mio de consumo me agobias? Acuérdate de tu entereza, sabe hacer frente à la desgracia, y sé hombre. Sé otra vez, si me atrevo à decirlo, el amante que mereció à Julia. Ah! si ya no soy digna de animar tu valor, acuérdate à lo menos de que lo fui un dia, hazte acreedor à que por tí haya cesado de serlo, y no me deshones dos veces.

No, respetable amigo mio; no eres tú quien ha escrito la afeminada carta que olvidar por siempre querría yo, y que estoy cierta que tú propio ya la desapruebas. Espero, aunque envilecida y confusa, me atrevo à esperar que no inspire mi memoria tan soeces afectos, que todavía reina con mas gloria mi imagen

en un corazón que pude yo inflamar, y que no tendré que echarme en cara con mi flaqueza la villanía del que me la hizo cometer.

Feliz en tu desgracia, has hallado el mas precioso desquite que conocen las almas sensibles. El cielo te ha dado en tu desventura un amigo, y deja dudoso si no vale mas lo que te da que lo que te quita. Ama con admiracion à ese hombre, extremo de generosidad, que à costa de su sosiego se digna cuidar de tu vida y tu razon. ¿Cual sería tu gratitud si supieses todo lo que por tí ha querido hacer! ¿Pero de que sirve animar tu reconocimiento, haciendo mas acerbas tus penas? No necesitas saber cuanto te ama para conocer cuanto vale, ni puedes estimarle como se merece sin amarle como debes.

CARTA VIII.

DE CLARA.

MAS es V. amante que fino, y mas sacrificios sabe hacer que finzas. ¿Estaba V. en sí cuando ha escrito à Julia, diciéndole impropiedades en el estado en que se encuentra? y porque V. padece se ha de quejar à la que padece todavía mas? Se lo he dicho à V. mil veces, en mi vida he visto amante mas mal contentadizo, pronto siempre à reñir por todo: para V. es el amor un estado de guerra, ó si alguna vez es V. dócil es para luego quejarse de haberlo sido. ¿Ah; que temibles son semejantes amantes! y por cuan feliz me reputo por no haber querido nunca à ninguno que no pueda despedir cuando al magín me venga, sin que cueste una lagrima à nadie.

Créame V., mude de estilo con Julia, si quiere que viva, que es demasia que sufra sus quebrantos propios y las malas razones de V.; y aprenda al fin à contemplar un corazón sobrado sensible, à quien debe los mas tiernos consuelos; temá V. aumentar sus propios males à fuerza de lastimarse de ellos, ó à lo menos lastímese V. conmigo sola que soy la causadora única de su ausencia. Sí, amigo; V. ha adivinado la verdad; yo le he sugerido la resolucion que el pe-

ligo en que su honor estaba requeria, ó mas bien le he forzado à que la tomara abultando los riesgos, le he determinado à V. propio, y todos hemos cumplido con nuestra obligacion. Todavía mas he hecho: la he persuadido à que no admitiese las ofertas de milord Eduardo, y he impedido que fuera V. feliz, porque me interesa mas la felicidad de Julia que la suya; y sabia que no podia ella disfrutarla sumiendo à sus padres en la ignominia y la desesperacion; y en V. mismo no puedo comprender que dicha pudiera disfrutar à costa de la suya.

Sea como fuere, esa ha sido mi conducta y esas mis culpas, y una vez que tiene V. gusto en reñir con los que bien le quieren, ahí tiene motivos para enojarse conmigo sola, y si no cesa de ser ingrato, cesará à lo menos de ser injusto. Yo por mí siempre seré con V. la misma; portese como quisiere, le querré à V. mientras que le ame Julia, y mas dijera si fuese posible, y no me arrepiento ni de haber favorecido su amor, ni de haberme opuesto à él. En lo que en favor y contra V. he hecho igualmente me justifica el celo puro de la amistad, y si alguna vez tomé en patrocinar su amor mas interes de lo que al parecer convenia, para mi sosiego hasta el testimonio de mi conciencia. Nunca me avergonzaré de los servicios que à mi amiga he podido hacer, y solo de que hayan sido inútiles me pesa.

No me he olvidado de lo que acerca de la constancia del sabio en las desgracias me decia V. en otro tiempo, y pudiera recordarle algunas maximas al caso; pero me enseña el ejemplo de Julia que para un filosofo de la edad de V. es

tan mala maestra como peligrosa discipula una muchacha de la mia, y no me convendría tampoco dar lecciones à mi señor maestro.

CARTA IX.

DE MILORD EDUARDO A JULIA.

VENCIMOS, hermosa Julia, un yerro de nuestro amigo le ha restituido la razon; la vergüenza de haber cometido una culpa de un momento ha disipado todos sus furores, y le ha puesto tan docil que haremos ahora con él cuanto queramos. Veo con satisfaccion que el yerro de que se acusa le ha dejado con mas pesadumbre que despecho, y conozco que me quiere en que se halla humilde y confuso en mi presencia, pero no violento ni desasosegado, y tan arrepentido de la injuria que me ha hecho, que no me puedo yo acordar de ella: agravios que así se emiendan mas honran à el que los ha cometido que à quien los perdona.

Me he aprovechado de esta revolucion y el efecto que ha producido para tomar de acuerdo con él varias providencias indispensables antes de separarnos, porque no puedo dilatar mas tiempo mi viaje. Como pienso volver el verano proximo, hemos quedado en que me iria à esperar en Paris, y que de allí iríamos juntos à Inglaterra. El unico teatro digno de un talento extraordinario, y donde mas dilatada carrera tiene abierta, es Londres (1); los suyos son por varios respectos muy superiores, y no desespero de que con el socorro de algunos amigos se coloque en breve conforme à su merito. Mas circunstanciadamente explicaré à V. mis ideas à mi tran-

(1) *Estraña preocupacion en favor de su pais! No sé yo que haya en el mundo pais donde, hablando generalmente, reciban peor à los extranjeros, y hallen estos mas dificultades para adelantarse que en Inglaterra. El despego innato de la nacion les es contrario, y por la forma de gobierno à nada pueden aspirar. Pero convengamos tambien en que no va un inglés à solicitar de los demas la hospitalidad que él no les da. ¿En que corte fuera de Londres, vemos que vayan à postrarse bajamente estos altivos isleños? en que pais, fuera del suyo, van à buscar riquezas? Verdad es que son asperos, pero esta aspereza no me disgusta cuando va unida con la justicia, y me parece bien que sean solo ingleses, pues que no necesitan ser hombres.*

sito por ese pueblo; entre tanto bien ve V. que à fuerza de adelantarse pueden removerse muchas dificultades, y que hay cargos de tanta consideracion que pueden compensar el linaje, hasta con su padre de V. Este me parece que es el unico recurso que nos queda que probar para la felicidad de V. y la suya, una vez que nos han privado de todos los demas la suerte y las preocupaciones.

A Regiano he escrito que se venga aqui en posta para que nos sirva los ocho ó diez dias que todavia estaré en compañía de nuestro amigo; su tristeza es tan profunda, que deja poco lugar à conversacion; llenará la música los huecos del silencio, le dejaré llevarse de sus pensamientos, y poco à poco convertirá en malancolia su pena. Este estado es el que aguardo para fiarle de sí propio, que antes no me atrevo; à Regiano se le restituiré à V. al pasar por ahí, y se le dejaré hasta mi regreso de Italia, para cuyo tiempo lo que ya Vds. ambas han adelantado me hace creer que no les será necesario. Por ahora ciertamente que no les es util, y no privo à V. de nada, quitandosele por algunos dias.

CARTA X.

A CLARA.

PORQUE se abren al fin mis ojos para ver mi estado? porque no los he cerrado para siempre antes de ver el envilecimiento en que he caído, antes de hallarme el último de los humanos, despues de haber sido el mas afortunado? Amable y generosa amiga, V. que tantas veces fue mi refugio; todavia me atrevo à fiar de su compasivo corazon mi vergüenza y mi dolor; todavia me atrevo à implorar su consuelo contra la íntima conciencia de mi propia indignidad; me atrevo à recurrir à V. cuando de mi propio estoy abandonado. Cielos! ¿como ha podido ser amado por ella sugeto tan despreciable? como no ha apurado mi alma tan divino fuego? ¿cuán-

to rubor causará ahora su eleccion à aquella que no soy digno de nombrar! cuanto gemirá al ver su imagen profanada en corazon tan soez y villano! cuanto desden y odio à quien pudo amarle y ser un vil debe! Sepa V. todos mis errores, amable prima (1), sepa mi culpa y mi arrepentimiento; sea V. mi juez y muera yo, ó sea mi intercesora, y dígnese aun ser arbitro de mi suerte el objeto de quien esta pende.

No hablaré à V. del efecto que en mí produjo separacion tan imprevista, ni le diré nada de mi estúpido dolor y mi frenética desesperacion; bastante bien se hará V. cargo por el inexplicable delirio à que ambos me trajeron. Cuanto mas el horror de mi estado sentia, menos me imaginaba que fuera posible renunciar espontaneamente à Julia, y junta la amargura de este pensamiento con la admirable generosidad de milord Eduardo, engendraron en mí sospechas que nunca recordaré sin horror, y de que no puedo olvidarme sin ser ingrato con el amigo que me las perdona.

Reniendo en mi delirio todas las circunstancias de mi partida, creí que descubria en ellas un designio premeditado, y me atreví à atribuirsele al mas virtuoso de los hombres. Apenas me vino à la idea duda tan horrorosa cuando me pareció que todo la confirmaba: la conversacion de milord Eduardo con el baron de Etange, lo aspero del tono que le acusaba yo de que habia afectado; la contienda que resultó; el haber vedado à Julia que me viera; la determinacion que se tomó de hacerme partir; la diligencia y el misterio de los preparativos; y la conversacion que conmigo tuvo la noche antes; en fin la ligereza con que mas bien arrebatado fui que tratado; todo me parecia que de parte de milord probaba un plan combinado para apartarme de Julia, y lo que en mí entendí acababa de poner en claro el blanco de sus cuidados era que sabia yo que debia volver à verla. No obstante resolví tomar mas luces

antes de romper, y con este designio me ceñí à examinar mas atentamente las cosas. Pero todo acrecentaba mis ridiculas sospechas, y no le inspiraba fineza ninguna en mi favor el celo de la humanidad en que no columbraran mis ciegos zelos algun indicio de alevosia. En Besanzon supe que habia escrito à Julia, sin comunicarme su carta, ni hablarle de ella; con esto le estimé suficientemente convencido, y solo aguardé la respuesta, esperando que manifestara su disgusto, y tener con él la esplanacion proyectada.

Anoche entramos en casa bastante tarde, y supe que habia llegado un lio de cartas de Suiza de que no me habló, cuando nos separamos. Le dejé lugar para que las abriera, y desde mi cuarto oí que decia entre dientes algunas razones; y poniendo atento oido, escuché estas interrumpidas frases. ¡Ah Julia; yo he querido hacer à V. feliz!... respeto su virtud... pero me complace su error!... con estas y otras semejantes palabras que oí salir de mí, cogí mi espada debajo del brazo, abrí ó mas bien derribé la puerta, y entré como un frenético. No, no encenagaré el papel ni los ojos de V. con los denuestos que me inspiró mi rabia para obligarle à reñir conmigo allí mismo.

Ah! prima mia, aqui sí que pude reconocer el imperio de la verdadera sabiduria aun con los hombres mas sensibles, cuando dan oidos à su voz. Al principio no pudo comprender mis razones, y las achacó à verdadero delirio. Pero la alevosia del que le acusaba, las secretas intenciones que le achacaba, la carta de Julia que en la mano tenia él, y de que yo no cesaba de hablarle, le dieron por fin à entender la causa de mis furiores. Se sonrió, y me dijo luego con sosiego: V. ha perdido el juicio, y yo no riño con locos; abra V. los ojos, ciego, añadió en tono mas amistoso; à mí es à quien acusa V. de ser un alevé! En el acento que estas palabras acompañaba senti no sé que, que no salia de un perdido; el sonido de su voz me volcó el corazon, y apenas hube puesto mis ojos en los suyos, cuando se desvanecieron

todas mis sospechas, y empecé à mirar con terror mis extravagancias. Conoció al punto esta mudanza, y alargandome la mano: venga V. aqui me dijo; si su conviccion de V. no hubiera precedido à mi justificacion no le hubiera vuelto à ver en mi vida. Ahora que le ha vuelto el juicio. lea V. esta carta, y conoza de una vez à sus amigos. Quise negarme à leerla, pero el ascendiente que conmigo le habia dado mi extravagancia se lo hizo exigir con un tono de autoridad que, aunque ya disipadas mis sospechas, apoyaban en secreto mis deseos.

Imagínesse V. en que estado me quedé despues de una lectura que me instruía de los inauditos beneficios del sugeto que tan indignamente me habia atrevido à calumniar. Me arrojé à sus plantas; y agobiado el corazon con la admiracion, el arrepentimiento y la vergüenza, apretaba con todas mis fuerzas sus rodillas, sin poder pronunciar una palabra. Recibió mi arrepentimiento como mis agravios los habia recibido, y solo exigió de mí en pago del perdon que se dignó otorgarme que no me opusiera nunca al bien que hacerme quisiese. Ah! haga en adelante cuanto le parezca, su sublime alma es de superior esfera que las humanas; ni mas es permitido repugnar sus beneficios que los de la Divinidad.

Me entregó despues dos cartas dirigidas à mí, que no me habia querido dar antes de haber leído la suya, y enterarse de la determinacion de su prima de V. Leyendolas ví que amante y que amiga he debido al cielo, ví cuantos virtuosos afectos en torno de mí ha reunido para hacer mas amargos mis remordimientos y mas despreciable mi baja. Diga V. ¿que mortal unica es esa cuyo mejor absoluto imperio en su beldad consiste, y que semejante à las potencias inmortales, lo mismo se hace adorar por los bienes que por los males que causa? Ay! todo me lo ha robado la inhuma, y mas la quiero! cuanto mas infeliz me hace, mas perfecta me parece, y son todos los tormentos que me causa nuevos méritos para conmigo. El sacrificio que à los afectos de la naturaleza

(1) *A imitacion de Julia la llamaba prima, y à imitacion tambien de la misma le llamaba à el Clara su amigo.*

acaba de hacer me desconsuela y me hechiza, y aumenta á mis ojos el precio del que al amor hizo; no, nada sabe negar su corazón que á lo que el otorga no dé valor nuevo.

Y V., digna y hermosa prima, acabado y unico dechado de amistad, que será citada sola entre todas las mugeres, y que los corazones que al suyo no se semejan se atreverán á tratar de quimérica: ah! no me hable mas de filosofía; desprecio esa engañosa ostentacion que solo en vanos razonamientos consiste, fantasma que es una mera sombra, que nos incita á amenazar desde lejos las pasiones, y como los que fingen guapeza, nos abandona cuando se acercan. Dignese V. de no dejarme entregado á mis desvarios, dignese de volver sus antiguas bondades á este desventurado que, si bien ha dejado de merecerlas, las desea con ansia, y mas que nunca las necesita, dignese de tornarme en mí, y supla en mí doliente corazón la voz suave de V. por la de la razon.

No; me atrevo á esperar que no he caído en un abatimiento perdurable; siento revivir el santo y puro fuego que en mí ardia; no será perdido para el que fué su objeto el ejemplo de tantas virtudes, que ama, que le llenan de admiracion y que quiere constantemente imitar. Oh querida amante, cuya determinacion debo honrar; oh amigos míos cuya estimacion quiero recuperar; ya despierta mi alma, y recobra con las vuestras vida y vigor. El esfuerzo de que una villana desesperacion estuvo á pique de privarme me le restituirán el casto amor y la sublime amistad; surtirán á la sabiduria los acendrados afectos de mi corazón; seré por vosotros cuanto debo ser, y os forzaré á olvidaros de mí caída, si puedo un instante levantarme de ella. Ni sé, ni pretendo saber que suerte me destina el cielo; pero sea cual fuere, quiero hacerme merecedor de la que ya he disfrutado. La inmortal imagen que en mi pecho llevo será mi egida, y hará invulnerable mi alma contra los embates de fortuna: ¿no he vivido ya lo bastante para mi felicidad? Ahora me falta vivir para su gloria.

Ah! si pudiera yo pasmar el mundo con mis virtudes, para que admirados de ellas un dia dijeran: que menos pudo hacer, si le quiso Julia?

P. D. Un aborrecido, y acaso inevitable enlace! que significan estas palabras? En su carta estan, Clara; todo lo aguardo, estoy resignado á sufrir mi suerte. Pero estas palabras... no, por cuanto el mundo tiene, no me moveré de aqui sin saber la explicacion de estas palabras.

CARTA XI.

DE JULIA.

Así es cierto que todavia tiene cabida el contento en mi alma, y que puedo aun gustar la alegria. Ay! desde que te partiste creia yo que solo el dolor podia sentir; solo padecer se me figuraba que podia ser mi suerte lejos de ti, ni imaginaba consuelos en tu ausencia. Tu adorable carta escrita á mi prima me ha desengañado; la he leído y besado con lagrimas de ternera y ha esparcido el frescor de un suave rocío en mi corazón desecado con pesares y marchito con la tristeza, y en la serenidad que me ha dejado he sentido que distante ó inmediato el mismo ascendiente tienes en los afectos de tu Julia.

Amigo mio, ¿cuanto me hechiza verte recuperar aquel vigor de afectos que de tu varonil esfuerzo no desdice! En eso mas te tendré, y eso menos me despreciaré por no haber en todo envilecido la dignidad de un amor honrado, y no haber corrompido los corazones de consuno. Mas te diré ahora que podemos hablar con libertad de nuestros asuntos: lo que mi desesperacion agravaba era ver que era tanta la tuya, que del unico recurso que en el uso de tu talento nos quedaba nos habia privado. Ahora aprecias el digno amigo que te ha dado el cielo; tu vida entera no basta para merecer sus beneficios; y mucho menos para resarcir el agravio que le acabas de hacer; yo espero que no necesites otra leccion para enfrenar tu acalorada imaginacion. Bajo los auspicios de este respectable hombre vas á hacer tu entrada

en el mundo; apoyado en su credito, y guiado por su experiencia vas á esforzarte á que sea vengado el merito olvidado de los rigores de la fortuna. Haz por él lo que por tí no harías; procura á lo menos honrar sus bondades haciendo que no queden inútiles. Mira la risueña perspectiva que todavia se te presenta; mira cuantas ventajas puedes aguardar en carrera, en que todo á favorecer tu celo concurre. El cielo ha sido prodigo contigo de sus dones; cultivada tu buena indole por tu esquisito gusto te ha dotado de mil conocimientos; de menos de veinte y cuatro años de edad juntas con las gracias de la mocedad la madurez que en mas avanzados años de la juventud resarece.

En flor de verde edad frutos maduros.

Ni ha embotado el estudio tu viveza, ni hecho pesado tu cuerpo; no ha estrechado tu inteligencia, ni entorpecido tu corazón un insulso galanteo; el ardiente amor, al paso que te ha inspirado los sublimes afectos que de él nacen, te ha dado la elevacion de ideas, y el severo juicio que de él es inseparable (1). Con su calor suave he visto desplegarse en tu animo sus brillantes facultades, como se abre una flor á los rayos del sol; tu poseses cuanto á la fortuna conduce, y cuanto hace despreciarla. Para alcanzar las honras del mundo no faltaba otra cosa que dignarte de pretenderlas, y espero que un objeto mas precioso para tu corazón te dará para conseguir las el celo que por sí no merecen.

Dulce amigo mio, te vas á alejar de mí... amado, vas á huir de tu Julia... Así es preciso, es preciso separarnos, si queremos un dia volver á vernos felices, y en el fruto de los cuidados en que te vas á ocupar se cifra nuestra ultima esperanza. ¡Ojalá que esta cara idea te anime y te consuele en tan luenga y acerba separacion! Ojalá que te inspire el ardor que vence los estorbos y hace

amainar la fortuna! Ay! el mundo y los negocios te ofrecerán continuas distracciones, y serán útil diversion á los tormentos de la conciencia. Yo empero quedo abandonada á mi sola, ó entregada á persecuciones, y todo me forzará á llorarte sin cesar; feliz si á lo menos no se agravaran con vanos sobresaltos mis penas reales, y si junto con mis propios males no sintiera tambien todos aquellos á que tú vas á esponerte.

Me estremezco al contemplar tanta especie de riesgos como van á correr tu vida y tus costumbres; tengo en tí toda cuanta confianza puede inspirar un hombre; pero una vez que nos separa la suerte, ¿porque, mi amigo, no eres mas que hombre? ¿cuantos consejos te serian indispensables en este mundo ignorado, donde vas á engolfarte! No; no me compete á mí, joven, sin experiencia, y que menos estudios y reflexiones que tú tengo hechos, el darte pauta, y este cuidado se le dejó á Milord Eduardo. Dos cosas me ciño á recomendarte, porque mas conxion tienen con la sensibilidad que con la experiencia, y por que aunque conozco poco el mundo, tengo bien conocido tu corazón: no abandones nunca la virtud, ni te olvides de tu Julia.

No te acordaré todos los fútiles argumentos que me has enseñado tu propio á despreciar, que tantos libros llenan, y nunca un hombre de bien han formado. Ah! tristes argumentadores, que de deliquios no ha sentido ni causado nunca su corazón! Deja, amigo mio, á esos fútiles moralistas, y entra en lo interior de tu alma; allí verás siempre el sacrosanto fuego que tantas veces nos abrasó en el amor de las sublimes virtudes; allí verás el eterno simulacro de la verdadera belleza, cuya contemplacion en un santo entusiasmo nos anima, y que amancillan nuestras pasiones sin que nunca puedan borrarla (2). Acuérdate de las deliciosas lagrimas que vertían nuestros ojos, de las palpitaciones que nuestro

(1) Severo juicio inseparable del amor! buena Julia, no luce aqui el tuyo.

(2) La filosofía de los amantes es la platónica, los enamorados no conocen otra. Un hombre que ama no puede dejar de las manos á este filosofo; un lector que está frio no le puede aguantar.

agitado corazón sofocaban, de los rebatos que sobre nuestra esfera nos enaltecian al repasar aquellas heroicas vidas que dejan al vicio sin disculpa, y son gloria del humano linaje. ¿Quieres saber cual es de desear de veras, si la fortuna ó la virtud? Piensa en la que prefiere el corazón cuando con imparcialidad escoge; piensa en lo que nuestro interés excita cuando leemos la historia. ¿Has tenido alguna vez la idea de desear los tesoros de Crespo, la gloria de Cesar, la potencia de Neron, ó los deleites de Heliogabalo? Porqué, si eran felices, no te sustituiras en su lugar? porque no lo eran, y bien lo conocias, porque eran viles y despreciables, y porque á un malvado afortunado ninguno le tiene envidia. ¿Que hombres con mas satisfaccion contemplabas? qué ejemplos mas idolatrabas? á quienes mas hubieras querido parecerse? ¿O no imaginable encanto de la virtud que nunca muere! Al Ateniese bebiendo la cicuta, á Bruto muriendo por su patria, á Régulo en medio de los tormentos, á Caton rasgando sus entrañas; estos virtuosos desventurados eran los que te causaban envidia y en lo interior de tu corazón hallabas la íntima conciencia de la felicidad real que sus aparentes males encubrian. No creas que fuera esta conciencia interior peculiar de tí solo, que es la de todos los hombres, y muchas veces á su despecho. El modelo divino que cada uno de nosotros lleva consigo nos hechiza, aun contra nuestra voluntad, y mal que nos pese luego que nos permiten las pasiones que le contemplemos queremos semejar á él, y si pudiera ser el mas malvado de los hombres diferente de sí propio, quisiera ser hombre de bien.

Perdóname, amable amigo mio, este entusiasmo; bien sabes que te le debo á tí y al amor toca restituirte su deuda. No es mi ánimo enseñarte tus propias máximas, sino aplicarlas á tí por un momento, para ver de que pueden servirte; porque ahora ha llegado el tiempo de practicar tus lecciones, y hacer ver como ejecutas lo que decir sabes. Si no se trata de ser Caton ni Régulo, cada

uno está obligado á amar su patria, á ser justo y esforzado, y á cumplir su palabra, aunque sea á costa de su vida. Muchas veces son las virtudes privadas tanto mas sublimes cuanto no aspiran á la aprobacion ajena, sino solo al buen testimonio de sí propio; y para el justo su conciencia reemplaza los elogios del universo. Conocerás que á todos los estados pertenece la grandeza del hombre, y que nadie puede ser feliz si no goza de su estimacion propia; porque si está cifrado el verdadero gozo del alma en la contemplacion de la belleza, ¿como puede el malo amarla en otro, viéndose forzado á aborrecerse á sí propio?

No temo yo que te corrompan los sentidos y los groseros deleites, que son lazos poco peligrosos para un corazón sensible, el cual otros mas finos necesita; y como si las máximas y lecciones del mundo, temo la terrible fuerza que no puede menos de tener el ejemplo universal y continuo del vicio; temo los arteros sofismas con que se arrea; temo finalmente que te seduzca tu propio corazón, y escrúpulices menos acerca de los medios de grangear una consideracion, que supieras desdeñar si no pudiera ser nuestra union fruto suyo.

Te advierto, amigo mio, de estos riesgos; lo demas lo fio de tu prudencia, porque para preservarse de ellos es ya mucho saberlos prever. Solo una reflexion añadiré, que á mí parecer echa por tierra las falaces razones del vicio, los orgullosos errores de los insensatos, y debe bastar para encaminar al bien la vida del sabio, y es que no está la vena de la felicidad toda entera ni en el objeto que se desea ni en el corazón que le posee, sino en la relacion de uno con otro, y que así como no son capaces todos los objetos de nuestros deseos de producir la felicidad, tampoco son todos los estados del corazón aptos para disfrutarla. Si por sí sola no basta el alma mas pura para su propia felicidad, mas cierto es todavia que no pueden todas las delicias de la tierra hacer feliz á un corazón depravado; porque hay por ambas partes cierta disposicion necesaria, cierta concurrencia de la cual re-

sulta aquel contentamiento precioso á que anhela todo ser sensible, siempre ignorado del falso sabio que se cñe al gusto momentáneo, porque no conoce la felicidad duradera. ¿Que valdria grangear una de estas ventajas á costa de la otra, ganar en lo estérno perdiendo aun mas en la interior, y cobrar nuevos medios de ser feliz con detrimento del arte de usarlos? No vale mas, si es forzoso cñirse á una de las dos, sacrificar la que puede restituírnos la suerte á la que una vez perdida nunca se recupera? Quien mejor lo debe saber que yo que he envenenado los gustos de toda mi vida, pensando llevarlos al cúmulo? Deja que hablen los malos que hacen alarde de su fortuna y esconden su corazón, y está cierto de que si hay un solo ejemplo de felicidad en la tierra, se hallará en un hombre de bien. Tú has debido al cielo una inclinacion feliz á todo lo honrado y bueno; escucha solo tus propios deseos, y sigue tus naturales inclinaciones; piensa especialmente en nuestros primeros amores, que en tanto que á tu memoria se representen tan puros y deliciosos instantes, es imposible que dejes de amar lo que tan gratos te los hacia, ni que en tu alma se borre el hechizo de la belleza moral, ó que quieras alcanzar á tu Julia por medios que de tí no sean dignos. ¿Como se ha de disfrutar de un bien cuando su gusto se ha perdido? No; para poder poseer lo que se quiere es necesario conservar el mismo corazón que lo quiso.

He venido á mi segundo punto, porque bien ves que no me he olvidado de mi profesion. Amigo mio, posible es tener sin amor los sublimes afectos de una alma varonil; pero amor como el nuestro mientras él arde, la anima y la sustenta; luego que él se apaga, desfallega ella, y un corazón gastado para nada vale. Dime ¿que fuéramos ambos, si dejamos de amar? no valdria mas cesar de ser, que vivir sin amor? te podrias tú resolver á arrastrar por la tierra la insulsa vida de un hombre comun, después de haber gozado cuantas estáticas

delicias arrobar una alma humana pueden? Vas á vivir en pueblos grandes, donde mas que tu mérito, tu juventud y tu figura tenderán mil redes á tu fé; afectará la artera desenvoltura el idioma del cariño, y sin engañarte te agrandará; no buscarás amor sino deleites, los disfrutarás separados de aquel, y no podrás conocerlos. No sé si en otras hallarás el corazón de Julia, pero te reto á que halles lo que con ella has gozado. Exhausta tu alma te anunciará la suerte que te pronostico: en el seno de insipidos deleites te abrumará el tedio y la tristeza; malgrado te perseguirá la memoria de tus primeros amores, y á deshora te sobrecojerá mil veces mas hermosa que nunca fui yo mi imagen. Al instante cubrirá un velo de repugnancia todos tus gustos, y nacerán mil amargos descensos en tu corazón. Mi siempre amado, mi dulce amigo: ah, si un día de mí te olvidas... ay! yo moriré, pero tú vivirás vil y desventurado, y moriré en demasia vengada.

No te olvides nunca de esta Julia, que fué tuya, y cuyo corazón nunca será de otro. Nada mas te puedo decir en la dependencia que me ha puesto el cielo. Pero habiéndote recomendado la constancia, justa cosa es que te deje de la mia la única prenda que está en mi mano. He consultado, no mis obligaciones, que extraviado mi entendimiento ya no las conoce, sino mi corazón, postrera regla de quien otra que seguir no le queda, y ha sido este el fruto de sus inspiraciones. Nunca me casaré contigo sin el consentimiento de mi padre, pero tampoco me casaré con otro sin el tuyo: te doy mi palabra que será inviolable, suceda lo que quiera, y no habrá fuerza humana que pueda hacer que á ella falte. Sosiegate por tanto acerca de lo que puede suceder en tu ausencia. Anda, amable amigo mio, solicita bajo los auspicios del tierno amor suerte digna de coronarle. En tus manos está mi destino, en cuanto de mí ha pendido ponerle en ellas, y nunca mudará sin tu licencia.